

LOPE DE VEGA, FÉLIX (1562-1635)

*LA ARCADIA*

I

Por la florida orilla  
de un claro y manso río  
de salvia y de verbena coronado,  
al tiempo que se humilla  
al planeta más frío  
con templado calor el sol dorado,  
libre, solo y armado  
de acero, olvido y nieve,  
pasaba peregrino,  
ya fuera del camino  
del juvenil ardor que el pecho mueve,  
cuando al salir Apolo  
un niño vi venir, desnudo y solo.

Rubio el cabello de oro  
con una cinta preso  
que los hermosos ojos le cubría,  
y como alarbe o moro  
de innumerable peso  
un carcax que del cuello le pendía;  
y como quien vivía  
de saltar los hombres,  
un arco puesto a punto;  
mas cuando le pregunto  
que me diga sus títulos y nombres,  
respóndeme arrogante,  
niño en la vista y en la voz gigante:

--

-Yo soy aquél que suelo  
con apacible guerra,  
con alegre dolor y dulces males,  
desde el supremo cielo  
hasta la baja tierra  
herir los dioses, hombres y animales.  
Transformaciones tales

jamás Circe las supo,  
porque un hechizo formo  
con que mudo y transformo  
cualquiera ser que de mi fuego ocupo,  
y al alma que condeno  
la hago yo vivir en cuerpo ajeno.

Fácil tengo la entrada,  
difícil la salida,  
ablándame el desprecio y cansa el ruego,  
ni hay alma tan helada  
o en piedra convertida  
que no enterezca mi amoroso fuego.  
Por eso, rinde luego  
las armas arrogantes  
de que vas victorioso,  
que el rayo más furioso  
se templa con miles flechas penetrantes,  
y lloran mis agravios  
igualmente los fuertes y los sabios.

Yo respondile entonces:  
-Mal me conoces, niño;  
mira que soy un capitán valiente  
que en mármoles y bronces,  
con ésta que me ciño,  
hago escribir mis hechos a la gente.  
¿Cómo tu fuego ardiente  
o tus blandos suspiros  
pueden temer los brazos

--

[volar] tanto escuadrón, entre los tiros  
que han visto en mil pedazos  
de la pólvora fiera,  
que vence el fuego de su misma esfera?

Yo al duro, helado hibierno  
y al verano abrasado,  
de iguales armas y valor vestido,  
llevando a mi Gobierno  
el escuadrón formado,  
tanta varia nación he combatido,  
que tengo convertido  
en duro acero el pecho;  
por eso en paz te torna,  
que mi espada no adorna

las puertas de tu templo sin provecho,  
ni pueden tales ojos  
humillarse a tus lágrimas y enojos.

Así le replicaba  
cuando de entre unas hiedras  
una hermosura celestial salía,  
que no lo que miraba,  
pero las mismas piedras  
en ceniza amorosa convertía.  
Amor, que ya me vía  
con pensamientos vanos  
apercibir defensa,  
a la primera ofensa  
me derribó la espada de las manos,  
y en viéndome tan ciego  
lloré, rendime y abraseme luego.

En esto al verde llano  
un carro victorioso  
dos tigres ya domésticos trajeron;  
así el amor la mano  
de aquel rostro amoroso

--

y juntos a su trono se subieron,  
y los que allí me vieron,  
entre sus pies me ataron,  
y al fin sus ruedas fieras  
mis [armas] y banderas  
por despojos vencidos adornaron,  
llevándome cautivo  
adonde agora lloro, muero y vivo.

Más todo vencimiento es más victoria,  
y aquesta pena gloria,  
con sólo que me mire Isbella un día  
y entre sus ojos arda el alma mía.

## II

En una playa amena  
a quien el Turia perlas ofrecía  
de su menuda arena,  
y el mar de España de cristal cubría,  
Belisa estaba a solas,

llorando al son del agua y de las olas.

«Fiero, cruel esposo»,  
-los ojos hechos fuentes repetía;  
y el mar, como envidioso,  
a tierra por las lágrimas salía,  
y alegre de cogerlas,  
las guarda en conchas y convierte en perlas-.

«Traidor, que estás agora  
en otros brazos, y a la muerte dejas  
el alma que te adora,  
y das al viento lágrimas y quejas:  
si por aquí volvieres,  
verás que soy ejemplo de mujeres.

Que en esta mar furiosa  
hallaré de mi fuego la templanza,  
--  
ofreciendo animosa  
al agua el cuerpo, al viento la esperanza,  
que no tendrá sosiego  
menos que en tantas aguas tanto fuego.

¡Ay tigre! Si estuvieras  
en este pecho, donde estar solías,  
muriendo yo murieras,  
mas prendas tengo en las entrañas mías  
en que verás que mato  
a falta de tu vida tu retrato».

Ya se arrojaba, cuando  
salió un delfín con un bramido fuerte,  
y ella, en verle temblando,  
volvió la espalda al rostro y a la muerte,  
diciendo: «Si es tan fea,  
yo viva y muera quien mi mal desea».

### III

Oh libertad preciosa,  
no comparada al oro  
ni al bien mayor de la espaciosa tierra;  
más rica y más gozosa  
que el precioso tesoro

que el mar del sur entre su nácar cierra!  
Con armas, sangre y guerra,  
con las vidas y famas  
conquistada en el mundo;  
paz dulce, amor profundo,  
que el mal apartas y a tu bien nos llamas:  
en ti sola se anida  
oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Cuando de las humanas  
tinieblas, vi del cielo

--

la luz, principio de mis dulces días,  
aquellas tres hermanas  
que nuestro humano velo  
tejiendo llevan por inciertas vías,  
las duras penas mías  
trocaron en la gloria  
que en libertad poseo,  
con siempre igual deseo,  
donde verá por mi dichosa historia  
quien más leyere en ella,  
que es dulce libertad lo menos della.

Yo, pues, señor exento  
desta montaña y prado,  
gozo la gloria y libertad que tengo;  
soberbio pensamiento  
jamás ha derribado  
la vida humilde y pobre que entretengo.  
Cuando a las manos vengo  
con el muchacho ciego,  
haciendo rostro embisto,  
venzo, triunfo y resisto  
la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,  
y con libre albedrío  
lloro el ajeno mal y canto el mío.

Cuando el aurora baña  
con helado rocío  
de aljófara celestial el monte y prado,  
salgo de mi cabaña,  
riberas deste río,  
a dar el nuevo pasto a mi ganado;  
y cuando el sol dorado  
muestra sus fuerzas graves,

al sueño el pecho inclino  
debajo un sauce o pino,  
oyendo el son de las parleras aves,  
--  
o ya gozando al aura,  
donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche fría  
con su estrellado manto  
el claro día en su tiniebla encierra,  
y suena en la espesura  
el tenebroso canto  
de los nocturnos hijos de la tierra,  
al pie de aquesta sierra  
con rústicas palabras  
mi ganadillo cuento,  
y el corazón contento  
del gobierno de ovejas y de cabras,  
la temerosa cuenta  
del cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera  
con la manzana hermosa,  
de gualda y roja sangre matizada,  
y de color de cera  
la cermeña olorosa  
tengo, y la endrina de color morada;  
aquí de la enramada  
parra que al olmo enlaza  
melosas uvas cojo,  
y en cantidad recojo,  
al tiempo que las ramas desenlaza  
el caluroso estío,  
membrillos que coronan este río.

No me da descontento  
el hábito costoso  
que de lascivo el pecho noble infama:  
es mi dulce sustento  
del campo generoso  
estas silvestres frutas que derrama.

--  
Mi regalada cama  
de blandas pieles y hojas,  
que algún rey la envidiara,  
y de ti, fuente clara,

que bullendo el arena y agua arrojas,  
estos cristales puros,  
sustentos pobres, pero bien seguros.

Estese el cortesano  
procurando a su gusto  
la blanda cama y el mejor sustento;  
bese la ingrata mano  
del poderoso injusto,  
formando torres de esperanza al viento;  
viva y muera sediento  
por el honroso oficio,  
y goce yo del suelo,  
al aire, al sol y al hielo  
ocupado en mi rústico ejercicio,  
que más vale pobreza  
en paz que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso  
ni al rico linsojeo,  
ni soy camaleón del que gobierna:  
ni me tiene envidioso  
la ambición y deseo  
de ajena gloria ni de fama eterna.  
Carne sabrosa y tierna,  
vino aromatizado,  
pan blanco de aquel día,  
en prado, en fuente fría,  
halla un pastor con hambre fatigado;  
que el grande y el pequeño  
somos iguales lo que dura el sueño.

#### IV

Sola esta vez quisiera,  
dulce instrumento mío, me ayudarás,  
por ser ya la postrera,  
y que después colgado te quedarás  
de aqueste sauce verde,  
donde mi alma llora el bien que pierde.

Mas pues que de ti siento  
que estás con mis desdichas acordado,  
suene tu ronco acento  
en mis amargas quejas destemplado;

celebre mi partida  
cual cisne al despedirse de la vida.

Destas verdes riberas  
que el rico Tajo con sus aguas baña,  
parto a ver las postreras,  
que vierten las que bebe el mar de España,  
si primero que allego  
entre las de mis ojos no me anego.

Ya quedarán vengados  
mis fieros, envidiosos enemigos,  
y del todo olvidados  
de mis puras entrañas mis amigos;  
libre de toda guerra,  
sepultará mi cuerpo ajena tierra.

Temo que muerto quede  
antes que parta si lo siento tanto,  
que, en fin, acabar puede  
más que el ajeno mal el propio llanto,  
que las armas ajenas  
no matan tanto como propias penas.

Dulce señora mía,  
ya de nuestro llorado apartamiento  
--  
llegó el amargo día;  
las velas y esperanzas doy al viento;  
de vos me aparto y quedo,  
si con dejar el alma partir puedo.

¡Ay dulce y cara España,  
madrastra de tus hijos verdaderos,  
y con piedad extraña  
piadosa madre y huésped de extranjeros!  
Envidia en ti me mata,  
que toda patria suele ser ingrata.

Pero porque es mi gloria  
vengar mis enemigos con mi ausencia,  
tendré por más victoria  
igualar con su envidia mi paciencia,  
que no sufrir la furia  
del que a sí no se ve y al otro injuria.

Del español robusto  
se ríe el alemán, y el rubio franco  
del etíope adusto;  
mas si se mira bien, ¿quién hay tan blanco  
que alguna cosa fea  
o pasada o presente en sí no vea?

Dichoso el que ha nacido  
lleno de faltas y desgracias fieras,  
ni de la fama ha sido  
llevado por naciones extranjeras,  
que a quien la envidia deja,  
de amigo ni enemigo tiene queja.

Los mismos de quien hice  
mayores confianzas me vendieron,  
porque me satisfice  
de aquella falsedad con que vinieron  
sólo a saber mi intento,  
para regir por él su pensamiento.

¡Con qué pena importuna  
--  
trata su tierra al hombre que en la ajena,  
buscando su fortuna,  
se ofrece a tanto mal, peligro y pena!  
¡Qué duras sinrazones  
le llevan a tratar otras naciones!

Que como el viento airado  
suele arrojar el pájaro del nido,  
o del granizo helado  
suele ser derribado y combatido,  
así del patrio suelo  
me arrojan iras del contrario cielo.

Y como el lobo fiero  
saca de la manada el corderillo  
que vino a dar primero  
a sus crueles dientes que al cuchillo,  
así la envidia fiera  
me ha querido matar antes que muera.

El enemigo cierto,  
puesto que ofenda, ofende declarado,  
y el daño descubierto

o se sufre mejor o es remediado;  
de mano del amigo  
es en los hombres el mayor castigo.

¡Ay destierros injustos,  
que en la mañana hermosa de mis años  
anohecéis mis gustos!  
Mas puede ser que viva en los extraños,  
que lo que desestima  
la tierra propia, la extranjera estima.

Yo parto a ser ejemplo  
de vanas esperanzas y favores,  
porque ya me contemplo  
fuera de sus envidias y temores,  
donde acabe mi vida  
pobre, envidiada, triste y perseguida.

V

Cuando sale el alba hermosa  
coronada de violetas,  
crece el crepúsculo al día  
por contemplar tu belleza;  
la luz de la tuya envidia,  
que el norte a tus ojos llevas,  
adonde es para los míos  
acaso tu larga ausencia.  
No hay planeta que contigo  
indignado el rostro tenga,  
ni resplandor que se iguale  
de las tuyas a tu esfera.

Las nubes del occidente  
menos bordadas se muestran,  
el cielo cuando te mira  
de que te formó se alegra.  
El sol a Júpiter dice  
que eres el sol de la tierra  
y que aumentas con tus ojos  
las minas de su riqueza.  
La luna de ti celosa,  
que te da más luz se queja;  
hasta las estrellas grandes,  
que parecen más pequeñas.

Alba, crepúsculo, día,  
luz, norte, ocaso, planetas,  
resplandor, esferas, nubes,  
cielo, sol, luna y estrellas:  
unas se alegran y otras se querellan,  
que adonde sales tú se esconden ellas.

Los blandos jazmines miro  
que con tu frente se afrentan:

--

las rosas con tus mejillas  
hace Venus que se atrevan;  
con tus labios los claveles  
más se encienden de vergüenza,  
que el alhelí, jaspeado  
de blanco y rojo, desprecian.

¿Cuál azucena se iguala  
a tu cuello y manos bellas?,  
¿qué junquillo y mirasol  
a tu esparcida madeja?,  
¿qué azâr a tu aliento manso,  
qué lirio a tus limpias venas,  
qué mosquetas a tus pechos,  
donde la nieve se engendra?

Jazmines, rosas, claveles,  
alhelíes, azucenas,  
junquillos y mirasoles,  
azahar, lirios, mosquetas,  
ninguna se compara, ninfa bella,  
a tu hermosura y celestial belleza.

Esmeraldas son tus ojos  
y topacios tu cabeza,  
donde el oro que se cría  
nace adonde tú te peinas;  
plata bruñida es tu cuerpo,  
o el cristal que el viento huela;  
de la piedra girasol  
tu vista hurtó la belleza.  
Amatistes y zafiros  
ser esmeraldas quisieran  
para tener con tus ojos  
sobre el color competencia.

El coral, verde en el agua,  
muere porque tú le veas,  
que hará en el agua tu boca

--

lo que hace el sol en la tierra;  
que como él engendra el oro,  
color puede engendrar ella,  
y dar en su nácar mismo  
blancura y lustre a las perlas.

Esmeraldas y topacios,  
oro, plata, cristal, piedras,  
girasoles, amatistes,  
zafiros, coral y perlas,  
donde asiste, señora, tu belleza,  
tú tienes el valor, y ellos son piedras.

¡Ay, si mereciese un alma  
tan grande como contemplas,  
que todo este cuerpo ocupa  
por no ofrecerla pequeña,  
que te dignases de amar  
un hombre de tantas prendas,  
¿qué te daría, Crisalda,  
de regalos y riquezas?

Perdices te ofrecería,  
vivas en la misma percha,  
con el pico y los pies rojos  
que estampan en el arena;  
las calandrias que madrugan,  
las mirlas, a quien enseña  
naturaleza a cazar  
las hormigas con la lengua;  
el gavián pardo y libre,  
la filomena parlera,  
que el verano alegre anuncia  
a las fuentes destas selvas;  
el águila bajaría,  
cuando es pollo, destas peñas;  
la tórtola enamorada,  
que con arrullos se besa;

--

la grulla, muerta en las viñas,  
no de noche, cuando vela,  
que no soy el monte Tauro

para pasarme con piedras;  
los ánades, de oro y verde  
bordadas las plumas nuevas  
del cuello, y del azul las alas,  
que bien nadan y mal vuelan;  
los pavos, donde los ojos  
de Argos sirvieron de rueda,  
y con las cercetas pardas  
cuantas el aire sustenta.  
Perdices, calandrias, mirlas,  
gavilanes, filomenas,  
águilas, tórtolas, grullas,  
ánades, pavos, cercetas,  
para poderte regalar trujera  
de nidos, montes, árboles y peñas.

Las guindas rojas, maduras,  
los madroños de las sierras  
donde el erizo en sus puntas  
los ensarta como cuentas;  
la castaña, armada en balde,  
los membrillos de las vegas,  
que al miedo el color hurtaron  
y la forma a las camuesas;  
las uvas verdes y azules,  
blancas, rojas, tintas, negras,  
pendientes de los sarmientos  
los racimos y hojas secas;  
del almendro flor y fruto,  
que uno sabe y otro alegra,  
la endrina, con la flor cana,  
y la olorosa cermeña;  
las nueces, secas y verdes,

--

que por que esas manos bellas  
no se tiñan de limpiallas,  
te dieran sus blancas piernas;  
la pera, el níspero duro,  
que se madura en la yerba,  
la serba, roja en el árbol  
y parda cuando aprovecha:  
guindas, madroños, castañas,  
membrillos, uvas, almendras,  
endrinas, cermeñas, nueces,  
peras, nísperos y serbas  
al tiempo que madrgan te trujera

de incultos montes y labradas huertas.

La liebre cobarde viva  
cuando olvidada se acuesta,  
el conejo bullicioso  
que se espanta de las yerbas;  
el cabritillo manchado,  
el oso con la colmena,  
el gamo en la brama herido,  
los corzos con las saetas,  
las ciercas dentro del agua  
cuando su ponzoña llevan;  
el jabalí colmilludo,  
de quien Venus se lamenta;  
el toro que no ha sentido  
a qué parte el yugo aprieta,  
porque no corte Alejandro  
las dos conyundas revueltas;  
el tigre, lleno de manchas  
que algún caballo desea,  
el espín, lleno de rayos,  
imagen de la soberbia;  
la cabra montés, que vista  
desde los pies de una sierra,

--

parece que de las ramas  
como fruto asida cuelga:  
liebres, conejos, cabritos,  
osos, gamos, corzos, ciervas,  
jabalíes, toros, tigres,  
espines, cabras montesas  
para comer y para ver te diera  
destas montañas y de aquellas selvas.

Cuando quisieras pescados,  
con redaya, plomo y cerdas,  
mares, lagunas y ríos  
me dieran sabrosa pesca:  
la verde rana que canta,  
de que comieras la media,  
porque se dice que tienen  
gusto de mujeres feas;  
el pez de escamas de plata;  
el camarón, lleno de hebras;  
la langosta, que cocida  
tiene de coral las piezas;

la trucha, lisa y pintada;  
la murena, verde y negra;  
la concha, que con la luna  
abre y cierra, crece y mengua;  
el cangrejo, torpe y feo;  
el zafío, como oreja;  
el delfín, músico y dulce,  
astrólogo en las tormentas;  
las focas, con quien Teseo  
mató a Hipólito por Fedra,  
y hasta las ballenas grandes,  
que el ámbar precioso engendran.  
Ranas, peces, camarones,  
langostas, truchas, murenas,

--

conchas, cangrejos, zafíos,  
delfines, focas, ballenas,  
y cuanto el mar, el aire, el suelo encierra,  
si me quieres ofrezco a tu belleza.

## VI

La verde primavera  
de mis floridos años  
pasé cautivo, amor, en tus prisiones,  
y en la cadena fiera,  
cantando mis engaños,  
lloré con mi razón tus sinrazones,  
amargas confusiones  
del tiempo que has tenido  
ciega mi alma y loco mi sentido.

Mas ya que el fiero yugo  
que mi cerviz domaba  
desata el desengaño con tu afrenta,  
y al mismo sol enjugo  
que un tiempo me abrasaba  
la ropa que saqué de la tormenta,  
con voz libre y exenta  
al desengaño santo  
consagro altares y alabanzas canto.

Cuanto contento encierra  
contar su herida el sano  
y en la patria su cárcel el cautivo

entre la paz y guerra,  
y el libre del tirano,  
tanto en cantar mi libertad recibo,  
¡oh mar, oh fuego vivo,  
que fuiste al alma mía  
herida, cárcel, guerra y tiranía!

--

Quédate, falso amigo,  
para engañar a aquéllos  
que siempre están contentos y quejosos,  
que desde aquí maldigo  
los mismos ojos bellos  
y aquellos lazos dulces y amorosos  
que un tiempo tan hermosos  
tuvieron, aunque injusto,  
asida el alma y engañado el gusto.

Quede por las cortezas  
de aquestos verdes árboles,  
ingrata fiera, con mi fe tu nombre;  
imprima en las durezas  
de aquestos blancos mármoles  
mi ejemplo amor, que a todo el mundo asombre,  
y sépase que un hombre  
tan ciego y tan perdido  
su vida escribe y llora arrepentido.

FIN